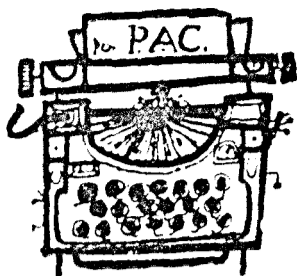


Una enfermedad llamada Managua



Bastó que abrieran y mal cerraran las calles de Managua para que nuestra capital — como una jamona sorprendida sin maquillaje a la luz del día— mostrara su descuidada fealdad urbana. Todos sabíamos, a despecho de ciertas benevolentes canciones, que “Managua, nuestra linda capital” era fea. Un rato de suciedad y de malas calles nos lo ha venido a recordar. Sus edificaciones sin raza ni estilo, su abigarramiento, su desgüeñamiento urbano no pudo sobreponerse a la pérdida del maquillaje callejero y Managua adquirió un aspecto de ruinas sin prestigio. Se nos reveló lo que es: el desperdicio de uno de los cascos o escenarios naturales más bellos que podía desear una ciudad para sentirse.

Managua, que tuvo la oportunidad de un terremoto para rehacerse y rectificarse como el diseño de un pintor sobre su propio borrador, se levantó sin estética, pensándose nada más que como usura y negocio; contra su paisaje estupefaciente, contra su maravilloso lago (que lo hizo letrina); sin amor vecinal sino como anárquico aluvión.

La ciudad es el rostro de la ciudadanía: se va imprimiendo en ella la gracia o la amargura, el vicio o el donaire de la vida, conducta e historia de la comunidad. Esta ciudad SOMOS. Este es el monumento CIVIL de los nicaragüenses del siglo XX: la levantamos casi de golpe y sin embargo no la une ningún estilo. Cada casa es un “yo que pierdo” junto a la otra y frente al conjunto. Hemos edificado tal como nos hemos comportado políticamente. Las calles las dejamos estrechas para sacarle hasta el último centavo a cada solar. Las casas las fuimos reduciendo a huevos para sacarle hasta el último centavo a cada vara cuadrada. El aspecto de cada casa es “su real gana” o su real desgano. O bien la indiferencia hacia la Belleza del afanoso y pequeño comerciante o prestamista, o bien la petulancia del enorme Banco cuya desmesurada estatura quiere achatar con prepotencia todo lo que le rodea. No hay una medida común para un ritmo. No hay comedimiento. La ciudad ha crecido veinte veces o más sobre su viejo casco, pero veinte veces o más ha sido avara con todo lo que pueda embellecerla: parques, museos, malecones, servicios, avenidas amplias, arboledas.

Este es nuestro rostro! —El rostro del negociante que, luego, ha sido atacado por la enfermedad de la ciudad moderna: el crecimiento y la reproducción anormales de sus células que destruyen el organismo vivo. Crecimiento y tráfico que prolifera el caos—.

No se crea, sin embargo, que el mal es sólo nuestro. Grandes arquitectos y urbanistas y filósofos han denunciado parecidos pecados en las urbes modernas; pecados civiles que en nosotros tienen un color más pardo de vulgaridad.

Chueca Goitia, en “Revista de Occidente” escribe: “El hombre de hoy ya no aspira a vivir en una ciudad que le acompañe, le ilustre y le eduque, que sea la casa común donde conviva con sus conciudadanos, donde persista el recuerdo de los hechos nobles y sigan vivas las grandiosas realizaciones de sus antepasados. Necesita a la ciudad sólo instrumentalmente para facilitar sus negocios, como escaparate para exponer su mercancía y aumentar su cifra de ventas, como mercado para adquirir aquellos bienes que aumentan su confort material, como centro de contratación de placeres más o menos vedados”.

Es “la fauna atroz de factoría” de que habla Ortega y Gasset: “Son los hombres que han nacido a lo suyo, de apetito urgente, que al parar se desarticulan el hombro porque van disparados a ultimar su negocio. De imaginación seaca, su hambre es tanto más feroz porque no desean cosas que ellos hayan imaginado y tendrían que crear, sino lo que ya está ahí, en el escaparate. Un automóvil, un radio, un frigidaire, para tan concreto menester están espléndidamente dotados con las tres cualidades necesarias: utilidad, grosería, prisa”.

A esas cualidades poco EDIFICANTES que Ortega descubre en el ciudadano actual, el managua agrega la improvisación. Cada casa, cada edificio, cada templo se yerguen en Managua sin denotar ni un sólo minuto de pensamiento en la ciudad. Cada casa o edificio fue improvisado para cubrir las necesidades del dueño (¿cerca del sentido comunal!) y en la mayor parte de las viviendas el pensamiento de ese dueño no fue del MORADOR sino el del EXPLOTADOR casero. Managua se ha hecho como “ciudad-negocio”. Los elementos desinteresados no interesan. Si nosotros arrancáramos a París sus elementos desinteresados —museos, Campos Elíseos, plazas, parques, monumentos, ópera, boulevares, etcétera— ¿qué sería de París?

Managua en su prehistoria indígena fue un orgulloso y bello pueblo, orillero al lago, arbolado, escrito como un canto llano al contorno de uno de los paisajes más alegres y encantadores del

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAG.

mundo. Cuando creció en la época colonial no perdió esa comunión con su paisaje. Todavía Arancibia la describe —por los años de la Independencia— fiel a la gracia de su naturaleza. Luego fue el desastre: se hizo Managua con todos los defectos de las grandes ciudades pero sin ninguna de sus cualidades y halagos. ¿Qué corte sufrió el nicaragüense (porque para hacer a Managua todo Nicaragua dio su aporte) en su sentido de la vida, en su educación visual (para usar una frase de los urbanistas), que apartó u olvidó completamente su gusto por la naturaleza, su tradición o experiencia vital respecto al clima y a su geografía, su sentido estético, desaprovechando con tanto desprecio su escenario natural, esa sinfonía de lagos, lagunas y colinas que el poeta Rafael Alberti prefería a los paisajes de la Costa Azul?

A esa traición de la Belleza por el Interés, se sumó luego, como hemos dicho, la enfermedad típica de las capitales modernas: el crecimiento y el tráfico, imposibilitando rectificar o corregir y planteando nuevos problemas antes de que se puedan resolver los antiguos.

Se me dirá que hay zonas o parches —barrios nuevos, algunos edificios, ¿cuántos?— que pueden ser puntos de partida hacia una Managua hermosa y habitable. No trato de culpar a los arquitectos, cuyas obras han tenido que sujetarse, no a la visión de conjunto sino a la exigencia anárquica de cada quien. Los arquitectos han sido llevados también por esa corriente general del mundo de nuestro tiempo (¿en todas partes se levanta el grito humano contra la deshumanización y caos de la ciudad moderna!) corriente que ha querido internacionalizar una de las artes más locales y más necesitadas de enraizamiento —como es la Arquitectura— que es como la flora de una cultura. En vez de un intercambio de experiencias se ha llegado a una estandarización cuando no a un plagio o repetición de formas, como si la Ciudad y la Casa no

fueran las caparazones de la personalidad, o —como dice Heidegger— “construir es hacer posible el habitar; recubrir, proteger al “habitante” para que no se desvirtúe su esencia, porque “habitar es la forma en que están sobre la tierra los mortales”. Los hábitos, las costumbres están íntimamente, vitalmente, vinculados a la habitación. Y cada día es más angustiosa la deformación que produce sobre el habitante la ciudad moderna.

Quizás algunas pobrísimas barriadas —como la de los Pescadores o el barrio San Judas— esfuerzos casi primitivos de fusión entre la naturaleza y la ciudad (pero roídos por la miseria) dictan todavía una última lección de esa ciencia que los pretenciosos barrios residenciales no han intuido. Se me acusará de herejía por decir ésto. Pero hay allí una belleza que todavía ha respetado la miseria . . . De ello y de otras cosas hablaremos en otra ocasión porque el tema de la ciudad capital de los nicaragüenses merece más estudio y meditación . . .

No olvidemos entretanto nuestro pecado colectivo, nuestra colectiva enfermedad que se llama Managua.

PABLO ANTONIO CUADRA